



photo © Meulenhoff

Stefan Hertmans (1951) es poeta, novelista, ensayista y dramaturgo. Escribe poemas melancólicos y crónicas de viaje. Desde su notable inicio con *Espacio*, Hertmans ha publicado tres novelas más, dos libros de cuentos, cinco libros de ensayos y unos diez poemarios, siendo el último *Dedos de canela* (2005). Un buen número de sus obras han sido premiadas. Ha sido traducido, entre otros idiomas, al inglés, francés, alemán, español e italiano. En sus primeros libros de poemas se mueve en la tradición expresionista de Gottfried Benn, Paul Celan y Georg Trakl, autores a quienes se refiere a menudo en su obra. Paulatinamente evoluciona hacia un estilo más permeable a otras tendencias aparentemente contradictorias, desde el simbolismo hasta las últimas vanguardias del siglo XX, por lo que puede ser considerado como un representante sobresaliente de la «posmodernidad» en la literatura flamenca. En su poesía coinciden la sensualidad y la reflexión crítica. En su narrativa aparecen más elementos grotescos, como lo demuestra su novela más importante *Hacia Merelbeke* (1994), parodia de la literatura autobiográfica. En los años noventa Hertmans se perfila como un ensayista erudito y comprometido. Sus libros de ensayos versan sobre literatura (baste citar sus trabajos sobre Marguerite Duras o W.H. Auden), pero también sobre temas políticos y sociales como el fundamentalismo, la ideología y la guerra en Bosnia. En años pasados Hertmans fue invitado a varios festivales internacionales de poesía. En 2006 salió *Música para la travesía* que reúne, en un libro de más de 800 páginas, todos los poemas desde 1975 hasta 2005.

Traducciones

Al español

Antología de poemas (Palma de Mallorca: Calima Ediciones, 2002), 12 poemas' en *Más allá de mis manos. siete poetas flamencos* (Ciudad de México: Colibri, 2006), *Ciudades* (Valencia: Pre-Textos, 2004).

Al inglés

Intercities (London: Reaction Books, 2001).

Al alemán

Essays (Wien: Institut für Germanistik/Niederlandistik, 1997), *Amselbach* (Leipzig: Gustav Kiepenheuer, 1997), *Scardanelli – Gedichte* (Oberhausen: Athena, 2001).

Al francés

Comme au premier jour (Paris: Christian Bourgois, 2003), *L'ange de la métamorphose – sur l'œuvre de Jan Fabre* (Paris: Arche, 2003), *Le paradoxe de Francesco* (París: Le Castor Astral, 2003), *Entre villes* (París: Le Castor Astral, 2003), *Lumières du Nord* (Québec: L'instant même, 2007).

POEMAS

Foz, 11 de enero de 2000	4
Gencianas en septiembre	5
Thomaskirche, Leipzig	6
Mont Noir	7
Opus Nigrum	8
Tulipanes y ceniza	9
La mancha de Eco	10
Bajo un tejado de cinc	11
Encantamiento por nieve	12
Dedos de cebolla	13
La que se comía las uñas	14
Dedos de canela 1	15
Dedos de canela 2	16
Dedos de canela 3	17
Dedos de cereza	19
Mano de niño	20
Dedos de lector	21
Dedos de ostra	22
Sabañones en los dedos	23

Foz, 11 de enero de 2000

Por el frío que llega de los dedos
el cuerpo inicia su esplendor –
una oscuridad clarea,
aún vacilante,
mas vuelve a suceder cuando paseo:

un ser que se hace dueño
de aquellos que me habitan.

Así reina el golpe de una ola en la marea
que cambia mientras dormimos,
charca de negra sangre,

mientras afuera velan las gaviotas,
ciegas y blancas, un joven camina
por las rocas, la orilla
nunca se hiela.

Gencianas en septiembre

Cuando escribía, hermético,
poemas cerrados con llave tierna,
reducido al formato
de mi mano yaciente,

la que calla
junto a la que aplicada escribe,
leía de D.H. Lawrence
'Bavarian Gentians',

o su encuentro con la serpiente.
Así sostenía con una mano
la otra, que, palpando
los márgenes de la primera,
me abría y me colmaba

con todo cuanto yo
en ardiente secreto
alimentaba al silencio.

La oscuridad en escaleras
y el ramillete para Perséfone –

No todo el mundo piensa en las gencianas
cando las luces el reloj apaga.

Thomaskirche, Leipzig

(Bach)

La puerta principal se ha cerrado en silencio.
Atardecer entre arcos
en los ojos de una mujer.

La iglesia está en silencio y fría.
Que él haya escrito aquí,
que haya vagado anónimo años y años

por las estrechas galerías
de sus modulaciones.

La planta, con sus naves y ventanas,
le fueron susurradas al oído
como un laberinto interior
interminable.

La vi salir.
La puerta se quedó entornada.
Entonces escribió el cantor

con mi cuerpo
variaciones sobre el nombre
de aquella mujer.

Mont Noir

Como el paisaje de mis ojos –
así te he mentido
que las cosas son aprehensibles.

Por lo que respecta a nosotros
– este hurgar en prados cubiertos de rocío,
fruta demasiado dura para los dientes –

hemos querido esta forma.
Mira el paisaje donde los árboles
se transforman en iconos
y cada uno da un nombre
al otro.

Afirma esto.
Afirma que nos reconocemos mutuamente,
también en el crepúsculo,
como los cuentos se parecen a un caballo
y los niños a las nubes.

Afirmalo.
Un día te tomarán por la muñeca,
alguien dibujará con tu mano,
y seremos de verdad

un paisaje el uno para el otro.

Opus Nigrum

Ella atraviesa un hilo por su cuerpo,
historia que se hunde hasta sus venas
y hace jirones los tejidos de su corazón.

Me azota si la contradigo,
golpea cuando callo,
y cuando duerme sus frágiles manos
son como un látigo.

Como la hiel la amarga saliva de su dulce boca,
la ostentación de sus músculos.

Y que yo roto por esa embriaguez
negra hasta su voz
tenga que acercarme.

Tulipanes y ceniza

Los tulipanes en la mesa,
las llamas en el libro,
los despojos entrando
por la ventana abierta
y harapos de visita.

Un tiburón nada por las cloacas,
espuma y fuego azul,
la habitación un acuario
el recuerdo una parábola.

Así se apresura el corazón
sobre el jarrón, muy dentro de la pantalla
los tulipanes en la mesa,
ceniza flotando sobre el libro.

La mancha de Eco

γ la delgadez marchita su piel...

Metamorfosis, III, 397

Subí a saltos la montaña
y fui rebotando hasta su oído –

Delante de mí, donde se halla la forma
que él trueca por agua,
jugando con su rostro mudable,

lo veo languidecer como un mozo ordinario.

Su destino tal mancha se introduce en mis rasgos –
una nube resbala por delante del día,
la maldición se repite en sílabas de un deseo
y nunca la repetición es la misma.

Todo lo que he sido huye arrugándose
en los cuerpos y su espejo ahora sarnoso;
soy la risita indiferente
de un destino irrepetible.

Tu destino. Su destino. Necio
destino. ¡Ay de mí! Música soy,
mas sin tiempo.

Bajo un tejado de cinc

Da golpes y recorre la noche.
Frío glacial y cólicos de estuco.
Se mueve por las vigas
hasta la cumbreira, y vuelta atrás.

Salta a la cabeza,
y suelta dos tornillos
para que pueda entrar el íncubo.

Se agita unos milímetros en el sueño,
hace pensar allí en la niñez,
pero más tarde sabe a plomo.

Quien está despierto lo oye pasar.
De mal en mí, que fui elegido
a nada más que oír.

Soy el diablo en el canalón
que espera el primer signo
del virus.

Ícaro en el bosque.
No cruje ni una rama.
Se ha escapado un dios.

Encantamiento por nieve

Tan intangible cae sobre nosotros.
Son pequeñas cosas que nos estremecen,
nube coagulada que a contraluz
se posa humeante sobre una piel de cabra.

Al recorrer tu piel precipitadamente
el recuerdo se reencuentra a sí mismo.
Te veo por primera vez.

Diáfano se abre tu cuerpo,
se me lleva los ojos.

La extraña consistencia de tus dedos
más que humaredas en la lejanía.
Si te muerdo al besar
arde tu sangre transparente.

Roja es tu garganta al respirar.
Calientas la mañana y el bosque.

Ahora que rasgo mis manos
contra tus labios
comprendo quién eres.

Es demasiado tarde.

Ya oigo los golpes de tu destal
en los estanques de mi cabeza.

Me tapo los oídos.
No deja de nevar.

Dedos de cebolla

Las cortabas suavemente como si vivieran,
Primero de lado y luego las rodajas,
Pero te dolían donde
Su piel pudiera tocar la tuya.

No es momento para conversar
Dijiste.
Te pican los ojos, pero eso no reprime
Las palabras.

Yo olfateaba, rojos cortes,
Su jugo aún en los dedos
Que había puesto en tus manos.

Así me visitó una vez un ángel,
Mientras dormías con fiebre,

Y en el fuego una olla que
Resplandecía años por la luz del atardecer.

Ilumínanos, Musa,
Recorta nuestras vidas,

Y tú, abrázame,
Tus dedos huelen
Y tiemblan.

La que se comía las uñas

De las hilachas que se dió
A sí misma, la pequeña sudorosa,
Rápidamente y a prisa y en todas partes

Llevándome a la boca, comía de sí misma
Como castigo y no pudo
Escapar de sí.

Sus fuertes dedos, vapuleados,
El esmalte y muy poco que le importa,

El roedor de su angustia
Se tendía en mi mano.

Hasta que se quedó dormida,
Durante años, cerca de algo mío,
Una madriguera de invierno para ardillas
Con patas agudas y rápidas.

Cuando se curó, se las esmalté daltoniano;
Ella, corriendo hacia fuera,
De pronto frenada por lo perfecto,

Las puso en mi brazo
Y me clavó el rojo vivo
En los ojos.

Dedos de canela I

En París, fuente y origen,
Donde sus dedos se cuajaron de estaño y yo
No me atrevía a lo que él logró,

Flotaba frente a mí
Contra la pared blanca húmeda
De su aliento su alma de muchacho,
Angehaucht,

Mientras pantano y torre
Podían oírse
En la morera negra, en

El zumbido de la sangre, de
Tu lado,
Y yo que jamás
Pude cantar
Su

«un ángel es una mena
de candelabros volcados»

mucho más lejos,
donde los castaños
empezaban su no más allá—

yo pagué el pato
y aspiré
su Sena, signos ahogados,
rima final,
aquí no quedas
apretado.

Dedos de canela 2

Si tú los tuvieras,
Entonces con el dedal
Como limas afiladas blanco plateado
En el lado angosto de las manos.

Levantaste dos al aire,
Yo como niño, sentado en el
Tablero de las viejas baldosas,
Me reí

Y tú sabías que debieron
De ser dos,

Tú y yo,

Y tus dedos de canela
En el vaho turbio
De mi rostro.

Cómo te quería,
Y antepuse algo a tus ojos,

Lo que tú nunca
Puedes ser para los niños.

Así yo navegaba hacia ti,
A vela sobre el embaldosado,

Hasta que, de canela tus dedos
Y cebolla,

Parezcas tierna como una madre
Ante el mundo blanco
De aquellos días.

Dedos de canela 3

La diste
A la noche en mí,
Una palabra que
Vino brincando
De tu joven boca
Y como una lengua me
Lamió

Donde yo era herida,
Hombre como hombre,

Y la muerte vino a mi boca
Cuando me besaste hondamente
Y me cogiste.

Tenía los años en contra,
Tu cuerpo flexible a favor,

Un tiempo que se hizo marea
En los días lluviosos de
Un cuarto pequeño de servicio
Alejado, como todo lo
Supimos.

Rojo era tu lecho,
El agua de tus gritos
Clara como la fuente
Que ignorábamos.

Duerme conmigo en
El lecho nunca encontrado
De Betty Boop

Y no me escribas.
Rosa viejo es el lado interior
De la juventud, de piernas altas
Las copas volcadas
Nuestro tiempo,
Canela bajo tus faldas,
Lo percedero.

Dedos de cereza

La tienda, respirando
En el último viento,
Tu voz fresca parecía eso,
Cuchicheando,

Ruido que produce olores
Y el mínimo de tu piel
Que me fue concedido.

Feroces, violentos, enrojecidos,
Cuánto nos echamos de menos
A la caída del sol con
Vaga fanfarria en la lejanía.

Pero también esa aspereza en
Un wc anónimo,
El ángel que tú
En cuclillas fuiste,
Liebste mía,

Porque nunca más
Vinimos
Y tus dedos aún huelen
A fruta en mi
Boca cerrada.

Mano de niño

Porque nunca se llena
– el vello faltante de una
codorniz, una hoja otoñal en
la primavera, una canica azul
en la mano –

de pronto brinca algo rojo oscuro
en sus ojos, la punta de un dedo,
un corte de nada,

se roza en un santiamén
en hierbas largas,

y lo que se abre
es su mirada.
El cuerpo debe
permanecer cerrado.

Se lo prometieron así.

Pero como la palma de la mano se abre
De repente, y las venas surgen,
Un calambre lo encierra
En mi mano
Hasta que grita.

Y el sangrar lo hacemos juntos.

Dedos de lector

Más allá de los bordes de mis manos
Tanteando, porque allí no terminaba,
No he hallado otras manos
Incesantemente próximas,
Sino algo de ti,

Tus dedos manchados de tinta,
Final de una ficción,

Movimiento como un objeto,
Las manos inexpresables
Que parecían una mariposa,

Apertura oscura de una
Imaginación que desataste

Sin desatarla, ni conmigo,
Ni sin mí,

Sonrías por los bordes
De la imagen, lo que otra vez
Conmigo fuiste

Y respiraste, tan próxima a mí
Que mis bordes chocaron con
Los tuyos, la verdad, otra cosa así,

Hasta que tus labios lo acabaron
Con un beso y callamos
Incesantemente a este respecto,

Pues aquel día no leímos ya.

Dedos de ostra

Eres una fiesta
Ya que recuerdas algo en nosotros
A la vuelta de los años,

Ojo en un sexo,
Madre de la perla
En la que te reflejas,
Un cielo en gris
Olvido del mar,

Tu mano una profunda concha,
Algo que no puede tocarnos,
Recuerdo de algas y
Vaivenes,

Igual que relampaguea
En corazones cerrados.

Tú la fuerzas,
Sal y herida,

Y la entregas,
Pulso latiendo,
El cuchillo que se lanza
Como lanzadera en un
Telar sangrante,

Pero es tiempo,
Terriblemente es mucho tiempo,
Y lo somos,

Sabañones en los dedos

(SMS)

Tres veces, un nombre reluce,
una clave de acceso,

lo haces mientras manejas,
lo haces en la bañera de tu casa,
lo haces dudando o a toda prisa

y a veces mientras caliento tus manos
y cada vez hay más de lo que
vemos desaparecer a ojos vistas.

Bip bip.

Yo habría querido ser tus dedos
Los días cuando
No dejábamos nada
A lo que no fuera
La imaginación.

Me anuncias que flotas,
Luego caes tan profundamente
Y te frenas porque casi

Te aplasta el día,
Ojo, no me mandes nunca
El último, pero ya callas,

Algo se despista en los satélites
Sin órbita, tú quisieras que –

Pero ¿en verdad lo querías?

Colofon

Los poemas 'Foz, 11 de enero de 2000', 'Gencianas en septiembre', 'Thomas-kirche, Leipzig', 'Mont Noir', 'Opus Nigrum', 'Tulipanes y ceniza', 'La mancha de Eco', 'Bajo un tejado de cinc' y 'Encantamiento por nieve' fueron traducidos del neerlandés por Fernando García de la Banda.

Los poemas 'Dedos de cebolla', 'Dedos de hoja', 'El catador ciego', 'La que se comía las uñas', 'Dedos de canela 1-3', 'Dedos de cereza', 'Mano de niño', 'Dedos de lector', 'Dedos de ostra' y 'Sabañones en los dedos' fueron traducidos del neerlandés por Stefaan van den Breemt y Marco Antonio Campos. Están tomados de la antología *Más allá de mis manos Siete poetas flamencos* (Ciudad de México: Colibrí, 2006).